

***LA LECTURA COMPRENSIVA Y SIGNIFICATIVA
DE TEXTOS Y SU EVALUACIÓN***

Fernando Carratalá
Doctor en Filología Hispánica

***EL SUBRAYADO COMO PROCEDIMIENTO PARA
RESALTAR LAS IDEAS ESENCIALES
DE UN TEXTO***

Concepto de subrayado.

Subrayar -según el DRAE- consiste en “señalar por debajo con una raya alguna letra, palabra o frase escrita, para llamar la atención sobre ella o con cualquier otro fin”. Y ese “cualquier otro fin” puede ser -a nuestro entender- el de destacar las ideas principales de un texto, así como las líneas maestras que lo organizan estructuralmente; lo que, sin duda, contribuirá a la rápida aprehensión de su contenido esencial.

Las diferentes -y sucesivas- lecturas de un texto.

Para garantizar la cabal comprensión de un texto, podrían seguirse los pasos que se detallan a continuación.

- ***Lectura comprensiva.*** Esta fase inicial implica la lectura del texto completo, para obtener, así, una visión panorámica de su contenido; y, también, la resolución, con ayuda del diccionario, de cuantas dudas puedan surgir en relación con el significado contextual de las palabras del texto y la propiedad con que están usadas.
- ***Lectura reflexiva.*** Una nueva lectura del texto se efectuará deteniéndose ahora al final de cada párrafo; y teniendo presente que cada párrafo *suele* contener varias frases que conforman una idea completa, y está separado del siguiente por un punto y aparte. Y, en cada párrafo, se irán subrayando las palabras y frases que encierran las ideas principales y, en su caso, aquellas otras que, aun siendo de menor importancia conceptual, pudieran resultar imprescindibles para alcanzar una adecuada comprensión del texto.
- ***Lectura analítica.*** En una última lectura se irán anotando, preferentemente en el margen izquierdo del texto, breves comentarios que sirvan para aclarar, en cada párrafo, las ideas de mayor relevancia conceptual y, asimismo, para poner de manifiesto las diferentes partes que estructuran el texto. Estas anotaciones han de ayudar a determinar la idea temática que, a modo de columna vertebral, organiza armónicamente las diferentes partes del texto, que se presenta, así, como una ***unidad total de comunicación.***

Evaluación del subrayado.

Ítem número 1.

El subrayado ofrece una ilación lógica y gramatical.

Puntuación: 3 (sobre 10).

Observaciones. Debe procurarse que el texto subrayado tenga *sentido en sí mismo y por sí mismo*, a fin de que su lectura ofrezca una ilación lógica y gramatical. De esta manera no sólo se agiliza el proceso lector, sino que, además, se facilita la comprensión del texto, al existir una *línea de continuidad argumental* en las palabras y frases destacadas por medio del subrayado.

Ítem número 2.

El subrayado no sobrepasa el 25% en relación con la extensión total del texto original.

Puntuación: 3 (sobre 10).

Observaciones. Conviene ser muy *parco y moderado* a la hora de subrayar, ya que, de otro modo -si se subraya en exceso-, no se resaltarán suficientemente las palabras y frases que recogen las ideas esenciales, con lo que, además de restar agilidad al proceso lector, el subrayado perdería toda su eficacia. El total de lo subrayado en ningún caso debe sobrepasar el 25% en relación con la extensión del texto original. (Ha de tenerse presente, no obstante, que suele existir una cierta relación entre el “grado de dominio” de la información recogida en un texto y la cantidad de texto subrayado, de forma que cuanto mayor es ese “grado de dominio”, más breve y conciso suele resultar el subrayado).

Ítem número 3.

Puntuación: 2 (sobre 10).

Las notas aclaratorias o explicativas en el margen izquierdo del texto están redactadas empleando los propios medios de expresión lingüística.

Observaciones. Para evitar el riesgo de reproducir frases del texto original -circunstancia que, en no pocas ocasiones, revela la falta de comprensión de las ideas que dichas frases expresan-, las anotaciones ubicadas en el margen izquierdo del texto -que aclaran los aspectos de mayor relevancia conceptual y determinan, además, el eje temático que vertebra estructuralmente el texto- serán, necesariamente, breves, y se redactarán *empleando los propios medios de expresión lingüística*, y no los usados por el autor del texto.

Ítem número 4.

Empleo de lápiz para la realización material del subrayado.

Puntuación: 1 (sobre 10).

Observaciones. Cualquier lectura evoca en quien la realiza unas vivencias intransferibles, que pueden llevar a considerar como relevantes ciertos

aspectos del contenido de un texto que para otro lector podrían pasar desapercibidos, al no suscitar en él análogas reacciones emocionales. Por ello, y si para proceder al estudio de un texto y facilitar su asimilación, se recurriera al subrayado, no es aconsejable que dicho texto sea utilizado por persona diferente de la que haya realizado el subrayado original; porque, de otra forma, su lectura quedaría condicionada -e incluso hasta distorsionada- por la interpretación del contenido que aquel subrayado manifiesta. *Esta es una de las razones que avalan la conveniencia de emplear lápiz para subrayar -en lugar de bolígrafo o de rotulador-; y así se evita, además, estropear el texto original y el libro en que se publica.*

Ítem número 5.

Establecimiento, a partir del subrayado, de la secuencia argumental del texto como base conceptual de un futuro resumen del mismo.

Puntuación: 1 (sobre 10).

Observaciones. A partir de las anotaciones ubicadas en el margen izquierdo del texto puede elaborarse su **secuencia argumental**: una apretada síntesis que reproduzca, con el menor número de palabras, la información esencial de dicho texto y que está llamada a convertirse en el embrión de un futuro resumen.

APLICACIÓN PRÁCTICA

Se presenta, a continuación, el subrayado -y también un breve comentario explicativo- de un texto en prosa, original de Arturo del Hoyo, y titulado “Pepín y las vagonetas”; subrayado que se ha efectuado de acuerdo con la metodología anteriormente expuesta.

Pepín y las vagonetas

La luna puso una cara muy seria, como si fuese una medalla oxidada. Los chicos, sin hacerle caso, corrían de un extremo a otro de la vía, montados en las vagonetas. Pero ya había llegado lo oscuro y las madres gritaban sus nombres, llamándolos. Algunos grillos negretes, escondidos en la hierba, decían crig-crig-crig a sus grillas, tan tontas que no saben cantar.

-¡A tierra ! -dijo uno.

Saltaron todos al suelo. La vagoneta continuó su marcha, libre, sola, hasta estrellarse en el muro con estruendo. ¡Huy, buena la habían hecho! Los murciélagos volaban bajos, casi rozándoles las caras, burlones, y sus alas sonaban a terciopelo y, también, a eco de azotes lejanos.

Los chicos se miraron unos a otros, empavorecidos. La vagoneta estaba descarrilada. Ya se oían pasos. ¿Del escopetero? Alguien se acercaba. Un garrote tropezaba en las piedras y estas saltaban en la noche y rodaban una tras otra por el talud abajo. Sí; era él. La luna se miró en la chapa de su bandolera con pena, y Pepín, ¡ay Pepín !, con espanto.

El escopetero, ya encima de él, le enseñó su diente solitario y verde y le atrapó con sus manazas. Y le dio de azotes. Lloraba tanto, tanto, que todo él parecía un muñeco de goma, lleno de agua, y a cada azote se desinflaba un poco y se le salían unos lagrimones. Se le salían unos lagrimones que le resbalaban por las mejillas mientras a la luna se le oxidaba aún más su redonda cara de plata, tristemente recostada sobre una nube viajera.

¡Ay Pepín, que te cogió el escopetero!

Lectura comprensiva, con aclaración de posibles dificultades léxicas.

La luna puso una cara muy seria, como si fuese una medalla oxidada. Los chicos, sin hacerle caso, corrían de un extremo a otro de la vía, montados en las vagonetas. Pero ya había llegado lo oscuro y las madres gritaban sus nombres, llamándolos. Algunos grillos negretes, escondidos en la hierba, decían crig-crig-crig a sus grillas, tan tontas que no saben cantar.

-¡A tierra ! -dijo uno.

Saltaron todos al suelo. La vagoneta continuó su marcha, libre, sola, hasta estrellarse en el muro con **estruendo**. ¡Huy, buena la habían hecho! Los murciélagos volaban bajos, casi rozándoles las caras, burlones, y sus alas sonaban a terciopelo y, también, a eco de azotes lejanos.

Los chicos se miraron unos a otros, **empavorecidos**. La vagoneta estaba descarrilada. Ya se oían pasos. ¿Del **escopetero**? Alguien se acercaba. Un garrote tropezaba en las piedras y estas saltaban en la noche y rodaban una tras otra por el **talud** abajo. Sí; era él. La luna se miró en la chapa de su **bandolera** con pena, y Pepín, ¡ay Pepín !, con espanto.

El escopetero, ya encima de él, le enseñó su diente solitario y verde y le atrapó con sus manazas. Y le dio de azotes. Lloraba tanto, tanto, que todo él parecía un muñeco de goma, lleno de agua, y a cada azote se desinflaba un poco y se le salían unos lagrimones. Se le salían unos lagrimones que le resbalaban por las mejillas mientras a la luna se le oxidaba aún más su redonda cara de plata, tristemente recostada sobre una nube viajera.

¡Ay Pepín, que te cogió el escopetero!

Apoyo léxico.

Estruendo. Ruido grande; confusión, bullicio.

Empavorecido. Enormemente asustado.

Escopetero. Guarda -jurado- armado con escopeta.

Talud. Inclinación de un terreno.

Bandolera. Correa que cruza por el pecho y la espalda desde el hombro izquierdo hasta la cadera derecha, y que en el remate lleva un gancho de acero para colgar un arma de fuego. Es distintivo de los guardas jurados.

Lectura reflexiva, por párrafos, y mediante subrayado.

La luna puso una cara muy seria, como si fuese una medalla oxidada. Los chicos, sin hacerle caso, corrían de un extremo a otro de la vía, montados en las vagonetas. Pero ya había llegado lo oscuro y las madres gritaban sus nombres, llamándolos. Algunos grillos negretes, escondidos en la hierba, decían crig-crig-crig a sus grillas, tan tontas que no saben cantar.

-¡A tierra ! -dijo uno.

Saltaron todos al suelo. La vagoneta continuó su marcha, libre, sola, hasta estrellarse en el muro con estruendo. ¡Huy, buena la habían hecho! Los murciélagos volaban bajos, casi rozándoles las caras, burlones, y sus alas sonaban a terciopelo y, también, a eco de azotes lejanos.

Los chicos se miraron unos a otros, empavorecidos. La vagoneta estaba descarrilada. Ya se oían pasos. ¿Del escopetero? Alguien se acercaba. Un garrote tropezaba en las piedras y estas saltaban en la noche y rodaban una tras otra por el talud abajo. Sí; era él. La luna se miró en la chapa de su bandolera con pena, y Pepín, ¡ay Pepín !, con espanto.

El escopetero, ya encima de él, le enseñó su diente solitario y verde y le atrapó con sus manazas. Y le dio de azotes. Lloraba tanto, tanto, que todo él parecía un muñeco de goma, lleno de agua, y a cada azote se desinflaba un poco y se le salían unos lagrimones. Se le salían unos lagrimones que le resbalaban por las mejillas mientras a la luna se le oxidaba aún más su redonda cara de plata, tristemente recostada sobre una nube viajera.

¡Ay Pepín, que te cogió el escopetero!

Lectura analítica, con notas explicativas en el margen izquierdo del texto.

Niños que juegan al anochecer.

La luna puso una cara muy seria, como si fuese una medalla oxidada. Los chicos, sin hacerle caso, corrían de un extremo a otro de la vía, montados en las vagonetas. Pero ya había llegado lo oscuro y las madres gritaban sus nombres, llamándolos. Algunos grillos negretes, escondidos en la hierba, decían crig-crig-crig a sus grillas, tan tontas que no saben cantar.

-¡A tierra ! -dijo uno.

Descarrilamiento de una vagoneta.

*Saltaron todos al suelo. La vagoneta continuó su marcha, libre, sola, hasta estrellarse en el muro con estruendo. *¡Huy, buena la habían hecho!* Los murciélagos volaban bajos, casi rozándoles las caras, burlones, y sus alas sonaban a terciopelo y, también, a eco de azotes lejanos.*

El guarda se aproxima a los niños, aterrados.

*Los chicos se miraron unos a otros, empavorecidos. La vagoneta estaba descarrilada. Ya se oían pasos. ¿Del escopetero? Alguien se acercaba. Un garrote tropezaba en las piedras y estas saltaban en la noche y rodaban una tras otra por el talud abajo. Sí; era él. *La luna se miró en la chapa de su bandolera con pena, y Pepín, ¡ay Pepín!, con espanto.**

Pepín recibe una azotaina.

*El escopetero, ya encima de él, le enseñó su diente solitario y verde y le atrapó con sus manazas. Y le dio de azotes. Lloraba tanto, tanto, que todo él parecía un muñeco de goma, lleno de agua, y a cada azote se desinflaba un poco y se le salían unos lagrimones. Se le salían unos lagrimones que le resbalaban por las mejillas mientras a *la luna* se le oxidaba aún más su redonda cara de plata, *tristemente recostada sobre una nube viajera.**

¡Ay Pepín, que te cogió el escopetero!

Breve comentario explicativo del texto

El subrayado permite seguir, con facilidad, la línea argumental del texto: las travesuras de unos niños, que culminan con el castigo de uno de ellos, Pepín. El subrayado convencional se ha complementado, en este caso, con el empleo de letra negrilla/cursiva, con la que se han pretendido resaltar ideas de relativa importancia conceptual, pero necesarias para la cabal comprensión del texto. Y así, se destaca, de una parte, la actitud de la luna que, como un personaje dramático más, va siguiendo -y experimentando anímicamente- los acontecimientos de los que es testigo; y, de otra, la participación del autor -del propio Arturo del Hoyo, en calidad de narrador omnisciente- en la historia relatada, participación que, en alguna forma, delata sus *simpatías* por Pepín.

Estructura del texto.

El relato de Arturo del Hoyo tiene un destinatario muy concreto: el lector infantil; y todos los elementos que emplea en su construcción están al servicio de garantizar no sólo la comprensión de ese lector, sino también de mantener, en todo momento, sumergida su atención en las peripecias del relato. En efecto, la sencillez del léxico empleado -sin apenas palabras que no formen parte del vocabulario usual- y de las estructuras sintácticas dominantes -las oraciones se yuxtaponen o coordinan, fundamentalmente, y sus elementos están lógicamente dispuestos: sujeto + verbo + complementos-, así como la propia organización interna del contenido -que se ajusta a la secuencia presentación/nudo/desenlace- y la línea de tensión creciente que el propio desarrollo de los acontecimientos narrados va desencadenando permiten al lector seguir con facilidad e interés un relato escrito en un estilo sobrio, pero de vigorosa eficacia expresiva.

Es, por tanto, digna de ser destacada la perfecta trabazón interna con que está estructurado el texto, y que le confiere un *carácter unitario*: travesura de unos niños (parágrafos 1 y 2) y castigo de uno de ellos -de Pepín- (parágrafos 3 y 4); o, expresado de otra manera:

- *Presentación* (parágrafo 1): Unos niños juegan al anochecer, despreocupadamente, en unas vagonetas.
- *Nudo* (parágrafos 2-3): En sus juegos, provocan el descarrilamiento de una vagoneta, que se estrella con gran ruido contra un muro (parágrafo 2); y el sonido atrae al guarda, que se acerca para indagar lo sucedido (parágrafo 3).
- *Desenlace* (parágrafo 4): El guarda atrapa a uno de los niños -a Pepín- y lo castiga propinándole una paliza.

Arturo del Hoyo ha ido creando a lo largo del texto, además, un clima emocional angustioso, que va creciendo hasta alcanzar el desenlace, cada vez más previsible, pero no por ello menos dramático: el revoloteo de los murciélagos -con el suave batir de sus alas, una vez estrellada contra un muro la vagoneta- augura futuros azotes (parágrafo 2); ante lo acaecido, los chicos están algo más que asustados: están “empavorecidos” (parágrafo 3); la sensación de “peligro inminente” -que la nocturnidad agiganta- se hace cada vez más palpable: los golpes de su garrote contra las piedras del terreno en pendiente, por la que resbalan, anuncian la presencia del escopetero (parágrafo 3). La tunda de azotes que Pepín recibe (parágrafo 4) es el apropiado desenlace en el que culmina toda la tensión dramática acumulada: descomunal azotaina, a modo de castigo ejemplar.

El texto presenta, por un lado, unos niños felices y despreocupados en sus juegos, y de los que Pepín es el protagonista indiscutible; y, por otro lado, y como antagonista, la figura “desdichada” del escopetero: individuo armado con garrote -palo grueso y fuerte que se maneja a modo de bastón- y escopeta; de fuerte complexión (zarandea con sus manazas a Pepín, que parece, cuando llora, un muñeco de goma que se desinfla, según que va recibiendo azotes); de aspecto físico poco agraciado (desdentado, con un único “diente solitario y verde”, que muestra a Pepín, en repugnante escena); y torva condición (es capaz de golpear insistentemente a Pepín, sin que le importen los lagrimones que riegan las mejillas de este). El lector se identifica rápidamente con Pepín, y siente un brusco rechazo hacia el escopetero y hacia todo cuanto este representa; lo cual, por otra parte, es mérito indiscutible de Arturo del Hoyo.

Porque Arturo del Hoyo -desde su posición de narrador omnisciente- interviene en el relato como “aliado” de Pepín y sus amigos. Y es que no es solo la exageración caricaturesca de algunos de los rasgos del escopetero -que podría ser expresiva de sus deformaciones éticas, y que contribuye a acentuar en la mente del lector su despreciable catadura moral-; no es solo esto, no. Sino que es el propio autor, *personalmente*, quien deja oír su voz en distintos pasajes del texto:

- Cuando, estrellada la vagoneta contra un muro, los niños sienten auténtico pavor, Arturo del Hoyo se lamenta por la trastada que han cometido, y que va a tener lamentables consecuencias para Pepín: “¡Huy, buena la habían hecho!” (parágrafo 2).
- Y cuando el escopetero pretende averiguar a qué es debido el estruendo escuchado, nuevamente Arturo del Hoyo, con ese “¡ay, Pepín!” que se le escapa desde lo más íntimo, participa del espanto que atenaza a Pepín ante la presencia inmisericorde de aquel (parágrafo 3).

- Finalmente, el texto concluye con el lamento de Arturo del Hoyo por la suerte corrida por Pepín, que recibe una tunda de azotes de manos del escopetero: “*¡Ay, Pepín, que te cogió el escopetero!*”

Y no conviene pasar por alto, en todas estas intervenciones del autor, la presencia de la interjección *¡ay!* -que expresa aflicción o dolor, y que, seguida de un nombre, denota pena, temor, conmiseración-; así como el carácter exclamativo de estas frases, cargadas de profunda emotividad. Todo está, pues, “a favor” de Pepín y de sus amigos -lectores, autor...-, excepción hecha del escopetero.

Porque todavía hay más; mucho más, sí. Pues hasta la luna queda directamente implicada en los acontecimientos, e incluso “experimenta en su sensibilidad” -por decirlo de manera más expresiva: “sufre en sus propias carnes”- los azotes que Pepín recibe:

- Mientras los niños juegan alegremente, ajenos a las llamadas de sus madres para que se recojan, la luna presenta un semblante serio, que preludia sucesos poco afortunados: “*La luna puso una cara muy seria, como si fuese una medalla oxidada.*” (comienzo del texto).
- La chapa que el escopetero lleva en su bandolera refleja, a la vez, la pena de la luna y el espanto de Pepín -traducidos en sus respectivos rostros-, cuando, ya cometida la trastada, el escopetero se dispone a castigar a Pepín: “*La luna se miró en la chapa de su bandolera con pena, y Pepín, ¡ay, Pepín!, con espanto.*” (final del párrafo 3).
- Y la profunda tristeza de la luna, semioculta por una nube -y a la que “*se le oxidaba aún más su redonda cara de plata*”- es el contrapunto adecuado de esos lloros con que Pepín responde a los azotes del escopetero: “*luna <...> tristemente recostada sobre una nube viajera.*” (final del párrafo 4).

Cabría preguntarse ahora -sólo como mera hipótesis- si la luna no podría ser algo así como un “correlato poético” del autor; hipótesis que podría venir avalada por las siguientes “coincidencias” que en cualquier caso, y a modo de andamiaje, confieren al texto una profunda trabazón interna:

Hechos relatados

Presencia de la luna

Participación afectiva del autor

Unos niños, que juegan al anochecer, estrellan una vagoneta contra un muro, con enorme estrépito.
<Parágrafos 1 y 2>.

La luna puso una cara muy seria, como si fuese una medalla oxidada.
<Comienzo del texto>.

¡Huy, buena la habían hecho!
<Parágrafo 2>.

El guarda se acerca para averiguar lo sucedido.
<Parágrafo 3>.

La luna se miró en la chapa de la bandolera <del escopetero> con pena.
<Final del parágrafo 3>.

<Pepín se miró en la chapa de la bandolera del escopetero>, *¡ay, Pepín!, <con espanto>.*
<Final del parágrafo 3>.

Atrapado Pepín por el escopetero, recibe una tunda de azotes.
<Parágrafo 4>.

A la luna se le oxidaba aún más su redonda cara de plata, tristemente recostada sobre una nube viajera.
<Final del parágrafo 4>.

¡Ay, Pepín, que te cogió el escopetero!
<Final del texto>.

La “elocución”.

Ni el tipo de sintaxis ni el léxico empleados por Arturo del Hoyo complican la cabal inteligibilidad del texto. En cuanto a la sintaxis, el autor ha rehuido el retoricismo y ha optado por frases simples, unidas en su mayoría por coordinación y yuxtaposición, y con elementos que tienden a una ordenación lógica, basada en la determinación progresiva: sujeto-verbo, núcleo-término adyacente, etc. En este sentido, puede observarse, a modo de ejemplo, la sencillez sintáctica del tercer parágrafo del texto: “*Los chicos se miraron unos a otros, empavorecidos. La vagoneta estaba descarrilada. <...>*”

Por lo demás, el lenguaje metafórico es fácilmente comprensible. La forma redonda de la luna -llena, que es cuando se ve iluminada toda la parte de su cuerpo que mira a la Tierra, y, por tanto, en el tiempo de su oposición con el Sol- hace posible su comparación con una medalla, que se oxida -las medallas son de metal- más o menos en función de su estado anímico, acorde con el devenir de los acontecimientos -que ya hemos relatado-: “*La luna puso una cara muy seria, como si fuese una medalla oxidada.*”; “*<...> a la luna se le oxidaba aún más su redonda cara de plata, tristemente recostada sobre una nube viajera.*” En cuanto a los murciélagos, “sus alas sonaban a terciopelo”, en clara referencia a la finura y suavidad, fundamento de una comparación montada sobre una audaz sinestesia -combinación de sensaciones sonoras y táctiles-; pero también sonaban sus alas “a eco de azotes lejanos”, y es

ahora el elemento auditivo de la comparación el que predomina: el bullicio del aleteo de los murciélagos preludia ya la tunda de azotes que recibirá Pepín.

Y una consideración más. A falta de elementos visuales -tan solo la luna “de plata” iluminando la oscuridad de la noche; los grillos “negretes” ocultos en la hierba; y la chapa de la bandolera del escopetero en la que la luna refleja su luz-, el ambiente está saturado de una sonoridad que ayuda a conferir al relato ese clima de ansiedad que termina por apoderarse del lector: vagonetas que se deslizan de un lado para otro, gritos de las madres solicitando la vuelta a casa de sus hijos, grillos que cantan -repárese en la fuerza sonora de la onomatopeya “*crig-crig-crig*”- (parágrafo 1); encontronazo de una vagoneta contra un muro y consiguiente estruendo, murciélagos revoloteando (parágrafo 2); pasos del escopetero, garrotazos contra el suelo, que desprenden piedras que ruedan por una pendiente (parágrafo 3); soberana azotaina a Pepín y lloros de este (parágrafo 4).

Y a esa sonoridad contribuye el sorprendente ritmo de la prosa -en algunos momentos cercana a la prosa poética-, y del que es buen ejemplo el parágrafo 2: “*Saltaron todos al suelo. La vagoneta continuó su marcha, libre, sola, hasta estrellarse en el muro con estruendo. <...>*” Prosa, la empleada en este texto por Arturo del Hoyo, en la que se combinan la más extremada sencillez y naturalidad con la más exigente elaboración literaria. Y de ahí su cercanía al lector, a cualquier lector, niño, joven o adulto.

***EL RESUMEN COMO EXPRESIÓN DEL CONTENIDO
FUNDAMENTAL DE UN TEXTO***

El subrayado del texto, paso previo para el resumen del mismo.

Antes de resumir un texto, y para garantizar su comprensión, es necesario subrayar las palabras y frases que recogen la información fundamental. Este subrayado ha de destacar, por tanto, el asunto, y debe alcanzar a todos los elementos argumentales; y se completará con breves notas -en el margen izquierdo del texto- que no sólo aclaren los aspectos de mayor relevancia conceptual del asunto, sino que sirvan, además, para determinar el eje temático que organiza las diferentes partes del texto y lo vertebra estructuralmente.

Concepto de resumen.

Por medio del resumen se da una nueva forma a la exposición de una información, dejándola reducida a sus aspectos más esenciales y significativos. Resumir, según el DRAE, consiste en “reducir a términos breves y precisos, o considerar tan solo y repetir abreviadamente, lo esencial de un asunto o materia”. En definitiva, el resumen se limita a expresar, de forma breve y precisa, el contenido más relevante de una información, presentada en línea recta -renglón tras renglón-, hasta configurar un nuevo texto con estructura propia.

Evaluación del resumen.

Ítem número 1.

Extensión proporcionada.

Puntuación: 1 (sobre 10).

Observaciones. La extensión del resumen no ha de ser ni demasiado grande ni demasiado pequeña en relación con el texto de procedencia. Aun cuando el nivel de retoricismo o de conceptuosidad con que está concebido un texto es uno de los principales factores que influye en la extensión del resumen del mismo, proponemos, como simple hipótesis -que habrá que confirmar o desechar, a la vista del texto original-, que la extensión del resumen oscile en torno al 25% en relación con la del original del cual procede.

Ítem número 2.

Compatibilidad entre brevedad y claridad.

Puntuación: 2 (sobre 10).

Observaciones. El resumen ha de ser, a la vez, breve -o sea, de corta extensión- y claro -es decir, inteligible, fácil de comprender-. Brevedad y claridad pueden alcanzarse empleando el léxico con la propiedad y precisión debidas, recurriendo a una sintaxis en la que predomine la parataxis -coordinación- sobre la hipotaxis -subordinación-, y condensando -cuando sea posible- varios párrafos del original en uno solo, lo que implica el empleo del punto y seguido con preferencia al punto y aparte.

Ítem número 3.

Objetividad, incompatible con interpretaciones subjetivas de la información.

Puntuación: 1 (sobre 10).

Observaciones. Aunque el resumen se efectúa siempre desde una perspectiva personal que, en último término, es la responsable de la selección de la información, nunca debe traicionarse en él, con valoraciones subjetivas, el mensaje del texto original o la intención última del autor al escribirlo.

Ítem número 4.

Exclusión de informaciones complementarias que no figuran recogidas en el original.

Puntuación: 1 (sobre 10).

Observaciones. Debe evitarse la incorporación al resumen de nuevas ideas que presuntamente enriquecerían la información ofrecida por el texto original, porque ello supondría una grave alteración de aquél, que incluso podría desvirtuar gravemente su sentido.

Ítem número 5.

Empleo de medios lingüísticos expresivos de carácter personal, capaces de configurar un estilo propio.

Puntuación: 2 (sobre 10).

Observaciones. El resumen se efectuará empleando los propios medios de expresión lingüística, y no los usados por el autor del original, cuyo estilo ha de evitarse, “reproducir”, en beneficio de un estilo personal propio.

Ítem número 6.

Estructura perfectamente vertebrada que garantice la coherencia y cohesión interna.

Puntuación: 2 (sobre 10).

Observaciones. Puesto que el resumen es un *nuevo texto* independiente del original del que procede -aun cuando haya de remitir a él fácilmente-, ha de poseer una estructura interna propia que relacione coherentemente sus diferentes partes y manifieste su carácter unitario.

Ítem número 7.

Expresión gramaticalmente correcta.

Puntuación: 1 (sobre 10).

Observaciones. En todo momento el resumen ha de resultar correcto desde el punto de vista gramatical; y la necesaria *conciencia* -brevedad y economía de medios en el modo de expresar las ideas con exactitud- en modo alguno ha de lograrse violentando la sintaxis o envileciendo la expresión.

APLICACIÓN PRÁCTICA

A continuación se ofrece un texto de Miguel de Unamuno, acompañado de su correspondiente resumen, al que se han intentado incorporar las características antes señaladas. Pretendemos con esta metodología poner de manifiesto *no sólo qué condiciones debe poseer un resumen, sino también cómo lograrlas*. Al resumen del texto sigue un comentario explicativo del mismo, que permite ahondar en su contenido y forma de expresión, en busca de su mejor comprensión.

<Las excursiones como manifestación
de amor a la patria>

*Espíritu patriótico de Castelar,
gran conocedor del suelo
patrio.*

Siempre que oigo del ardiente patriotismo de Castelar, de aquel culto apasionado que profesó a España -¿quién sabe si por eso permaneció célibe, por no distraer ese amor con otro?-, se me ocurre que aquel hombre, aquel gran español, fue uno de los que mejor conocieron de vista su patria, de los que más viajaron por ella. Apenas hay rincón adonde vaya, lugarejo que retenga algo de historia o de leyenda, en que no oiga decir: aquí estuvo Castelar. Apenas hay álbum de esos que se ponen en monumentos y lugares curiosos en que la firma de Castelar no aparezca.

*Cánovas, viajero también
infatigable.*

Otro hombre que entre nosotros tuvo también esta pasión fue Cánovas. Cuando fui a visitar la antiquísima iglesia de San Pedro de la Nave, a unos veinte kilómetros de Zamora, en la hoz del Esla, lugar desconocido y remoto, me encontré con que había estado allí Cánovas.

*Conocimiento patrio:
aspectos etnográficos y
geográficos.*

Para conocer una patria, un pueblo, no basta conocer su alma -lo que llamamos su alma-, lo que dicen y hacen sus hombres; es menester también conocer su cuerpo, su suelo, su tierra. Y os aseguro que pocos países habrá en Europa en que se pueda gozar de una mayor variedad de paisajes que en España. Costas llanas y bravas de rocosos acantilados, vegas y llanuras, páramos desiertos, montañas verdes y sierras bravas... de todo, en fin.

*Variedad y belleza de los
paisajes españoles.*

Necedad del “turista deportivo”.

Pero es preciso salirse de las grandes rutas ferroviarias por donde circulan los turistas deportivos, Baedeker en mano, que no saben dormir, ¡pobrecillos!, sino en cama de hotel, ni saben comer sino con una cualquiera de esas infinitas aguas embotelladas que tienen perdido el estómago a todos los tontos, y una comida internacional, que es la peor de las comidas.

Para estos desgraciados, unas horas de diligencia, de carro, a caballo, en burro, y nada digo a pie, son el peor tormento. Esos pobres jamás conocerán el mundo.

Por tierras de Portugal y de España.
Editorial Espasa-Calpe.
Colección Austral <antigua>, núm.
221; pág. 122.

Aclaraciones referidas al “contexto del texto”.

Emilio Castelar y Ripoll (1832-1899). Ocupó la presidencia del poder ejecutivo en la época previa a la disolución de la I República.

Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897). Jefe del partido liberal-conservador, participó activamente en la restauración de la monarquía borbónica -Isabel II había sido destronada en la Revolución de Septiembre de 1868-, en la persona de Alfonso XII.

Baedeker. Familia de librerías editores alemanes. Karl Baedeker publicó varias guías de viajes traducidas en toda Europa. Con su hijo Friedrich Baedeker al frente de la empresa, en 1898 se editó por primera vez la *Guía de España y Portugal*.

Resumen del texto de Unamuno.

Elogia Unamuno el patriotismo de Castelar y Cánovas, que sintieron un amor apasionado por España, expresado a través de sus múltiples viajes por ella para conocer sus bellezas paisajísticas y manifestaciones culturales; actitud muy diferente a la de ciertos turistas -“deportivos”-, cuya comodidad, propia de necios, les impide afrontar con buen ánimo los inconvenientes -de alojamiento y locomoción- que el viajar con espíritu patriótico puede acarrear. En opinión de Unamuno, el conocimiento de una patria implica, además de sus aspectos etnológicos -lo que dicen y hacen sus hombres-, los geográficos -sus tierras y paisajes-; y, refiriéndose a España, afirma que es uno de los países europeos que ofrece al viajero una más amplia gama de paisajes con los que disfrutar.

Breve comentario explicativo del texto

Localización del texto.

El texto forma parte del relato de una correría que Unamuno hace con unos amigos por tierras de Ávila, faldeando la brava sierra de Gredos. Pero la información -de la que hemos prescindido- que Unamuno ofrece resulta insuficiente para hacerse una idea de la geografía de los lugares visitados: el contacto con la naturaleza no le

mueve a describirla, sino que le da pie para efectuar reflexiones más o menos filosóficas. Interesa no tanto lo que Unamuno contempla, cuanto los pensamientos que tal contemplación suscitan; el fluir de las ideas que se agolpan en su mente, más que el lenguaje en que se expresan, por lo demás carente de toda preocupación retórica, y de una sorprendente capacidad comunicativa.

Asunto y tema del texto.

Exalta Unamuno en el texto el “valor patriótico” de los viajes que se realizan dentro de la propia patria, por el deseo de conocerla mejor. Y, para ello, opone dos tipos de viajeros: los que, convirtiendo las excursiones en una manifestación de amor y apego a la patria buscan conocer directamente los lugares más legendarios o curiosos y los monumentos de mayor interés, aun cuando sean de difícil acceso; y los que viajan anteponiendo su comodidad personal a los posibles “sacrificios” que implica el conocimiento a fondo del suelo patrio, y que enseñan a quererlo. Como ejemplo de viajeros infatigables cuyas excursiones reflejan un profundo amor a España cita Unamuno a los políticos Castelar y Cánovas; y como ejemplo de viajeros necios, a los “turistas deportivos” -el adjetivo está cargado aquí de connotaciones peyorativas- que, ante la posibilidad de sufrir incomodidades de alojamiento y locomoción, renuncian a visitar rincones llenos de historia, de leyenda, de poesía..., incapaces de sentir esa hermandad con la tierra, con las hermosuras y maravillas del suelo patrio, capaces, por sí mismas, de despertar un amor apasionado.

Estructura del texto.

Toda la estructura del texto está precisamente montada para recalcar la idea que Unamuno tiene de las excursiones que se realizan dentro de la propia patria: *enseñan a quererla*. Y así, Unamuno organiza el texto en tres partes, repartidas en cuatro párrafos. Integran la primera parte los dos primeros párrafos, en los que se nos muestra el espíritu viajero de Castelar y de Cánovas, que les llevó a conocer una gran parte de los pueblos y ciudades de España, y a través del cual manifestaron el profundo amor que por ella sentían. La segunda parte coincide con el tercer párrafo del texto, y en ella explica Unamuno lo que significa realmente para él conocer una patria, un pueblo: adentrarse no sólo en los aspectos etnológicos, sino también en los geográficos, en su “realidad física”; y, como si incitara al lector a recorrer España, pasa revista a la variedad y hermosura de sus paisajes. Y en la tercera parte -cuarto y último párrafo del texto-, recoge Unamuno lo que, a su juicio, no es conocer una patria: viajar en plan “turista deportivo”, ajeno a las bellezas de unos paisajes que hay que visitar con algo de esfuerzo personal y mucho de amor, y sin olvidar -como nos dice unas líneas más arriba del texto que aquí se ha reproducido- que “las cosas hacen la patria tanto o más que los hombres”.

El espíritu de Unamuno, en el texto.

Refleja el texto algunos detalles de la personalidad de Unamuno que no quisiéramos que pasaran desapercibidos. Así, la generosidad de ánimo que supone juzgar a las personas no tanto por su ideología política cuanto por las acciones que llevan a cabo: Castelar y Cánovas son hombres de convicciones políticas muy opuestas -aquél, republicano; éste, monárquico-; y Unamuno les reconoce a ambos el mismo talante patriótico, en cuanto que convirtieron sus viajes por España -para conocer su “intrahistoria” (vocablo acuñado por Unamuno, que designa la vida tradicional, que sirve de fondo permanente a la historia cambiante y visible)- en una manifestación de amor hacia ella. Con todo, las simpatías de Unamuno parecen decantarse más hacia Castelar, sin duda más acorde con su ideología política.

Tampoco escapará al lector la presentación que hace Unamuno de la variedad de paisajes que España ofrece para nuestro gozo, probablemente sin parangón en ningún otro país europeo. Toda España, de Norte a Sur y de Este a Oeste, está recogida en este sugestivo párrafo: “Costas llanas y mansas y costas bravas de rocosos acantilados, vegas y llanuras, páramos desiertos, montañas verdes y sierras bravas..., de todo, en fin”. Las correrías de Unamuno por las faldas de Gredos -y a través de la montaña cántabra, que relata en el capítulo “Excursión”, cuya lectura completa recomendamos- le permitieron disfrutar de muchos de esos paisajes.

La elocución.

Con independencias de que el párrafo dedicado a Castelar duplique en extensión el que destina a Cánovas, se hace en aquél uso de un léxico fuertemente connotativo (“ardiente patriotismo”, “culto apasionado que profesó a España”, “aquel gran español”), así como de una expresión excesivamente hiperbólica (“quién sabe si permaneció célibe por no distraer su amor a España con otro”, “aquel hombre fue uno de los que mejor conocieron de vista su patria, uno de los que más viajaron por ella”; Castelar estuvo en casi todos los lugares histórico-legendarios de nuestra geografía y su firma aparece en el libro de visitas -para viajeros ilustres- de casi todos los monumentos y lugares curiosos). De Cánovas se limita Unamuno a decir que también tuvo esta pasión”; y como ejemplo de su talante viajero -y, por tanto, de amor a su patria-, nos da testimonio de su presencia en la iglesia de san Pedro de la Nave, “lugar desconocido y remoto” cuando escribía Unamuno, y hoy de fácil acceso y obligada visita para admirar -en el paraje denominado El Campillo- una de las joyas arquitectónicas más emblemáticas del arte visigodo español.

Finalmente hemos de destacar el poco aprecio -más bien el enérgico desprecio- que Unamuno siente hacia los viajeros que no son capaces de “hacer patria” en sus excursiones, y que se refleja en los adjetivos que les dedica en el último párrafo del texto: *pobrecillos* -durmiendo sólo en cama de hotel-, *tontos* -que comen con agua embotellada, y comida internacional-, *desgraciados* -incapaces de bajarse del

tren y emplear medios de locomoción incómodos-; en una palabra: *pobres* -de espíritu- que “jamás conocerán el mundo”. Naturalmente, Unamuno no critica tanto los viajes en cómodos ferrocarriles y el alojamiento en buenos hoteles, cuanto la necesidad que supone no renunciar a ellos si es necesario trasladarse a lugares que, por simple cuestión de patriotismo, es necesario conocer. “A quien algo quiere algo le cuesta” -decía Unamuno-; y las gentes enmollecidas son lo más opuesto al temperamento de Unamuno.

LA CONFECCIÓN DE ESQUEMAS

El párrafo como unidad estructural del texto.

La información contenida en un texto está estructurada orgánicamente; o, dicho de otro modo: las ideas están convenientemente sistematizadas -distribuidas en núcleos significativos independientes, aunque interrelacionados-, ligadas por una visión de conjunto. Cada texto tiene, por tanto, una estructura propia que relaciona sus diferentes partes, convirtiéndolo en una unidad total de comunicación. Y para garantizar la concatenación lógica de las ideas de un texto, estas suelen disponerse en párrafos <1>, por medio de los cuales se manifiesta la trabazón interna de su entramado conceptual. El párrafo se convierte, así, en la unidad estructural del texto; y de la mayor o menor relación de solidaridad entre los párrafos depende la mayor o menor coherencia y cohesión textual. Los párrafos -que *suelen desarrollar, dentro de la unidad del texto, contenidos diferentes*- son perfectamente visibles en un escrito, ya que se separan unos de otros por medio del punto y aparte y, en consecuencia, la primera línea del nuevo párrafo ha de tener un margen mayor que el resto de las líneas que lo componen, es decir, ha de quedar sangrada. <Cf. RAE, *Ortografía de la Lengua Española*. Madrid, editorial Espasa-Calpe, 2000; 5.1.b)>.

<1> La voz ***parágrafo*** proviene de la latina *paragraphus*, y esta, a su vez, de la griega *parágraphos*, “señal para distinguir las diferentes partes de un tratado”. La Academia admite las variantes formales ***parágrafo*** y ***párrafo***, aunque prefiere esta última voz, que es en la que figura la definición recogida en el DRAE. Y esta definición se efectúa sólo desde una perspectiva ortográfica: “Cada una de las divisiones de un escrito señaladas por letra mayúscula al principio del renglón y punto y aparte al final del trozo de escritura”; y se ha prescindido, en ella, de otros aspectos -sintáctico, semántico y lógico- que deben ser tenidos en consideración, en cuanto que el párrafo es la unidad estructural del texto que, a su vez, tiene entidad propia: contiene varias oraciones entrelazadas que conforman una idea completa, y se relaciona lógicamente con el resto de los párrafos, para conferir a la estructura una sólida organización interna.

Concepto de esquema.

Al ser el esquema uno de los procedimientos que se emplean para efectuar la síntesis de una información -y para evitar confundirlo con otros procedimientos que también suelen usarse para tal fin, tales como el propio resumen o el cuadro sinóptico-, no basta con definirlo -tal y como hace el DRAE- como “representación de una cosa atendiendo solo a sus líneas o caracteres más significativos”. Por medio del esquema se exponen los datos más relevantes de una información, sí; pero *convenientemente organizados y jerarquizados en función de su importancia conceptual, y representados gráficamente de forma tal que resulte visible la relación de interdependencia que existe entre ellos*. Así pues, y para facilitar su entendimiento, el esquema vertebra -dando organización y cohesión- y, a la vez, “visualiza” -permitiendo su reconocimiento a simple vista-, las ideas de un texto, distribuyéndolas en función de su mayor o menor relevancia, y manifestando, por tanto, el grado de jerarquía entre unas y otras.

La disposición gráfica del esquema.

Para que la estructura y contenido conceptual de un esquema puedan captarse con una rápida ojeada, es necesario acudir a una ***disposición gráfica en la que las ideas se presenten ordenadas en razón de su importancia conceptual***. A nuestro entender, ésta es la disposición gráfica más aconsejable: la proximidad o distanciamiento del margen izquierdo del papel determinará la mayor o menor importancia de las ideas, de manera que una idea será tanto menos importante cuanto más se aleje del margen izquierdo; y así, las ideas menos importantes se colocarán debajo y a la derecha de las principales a las que se hallen subordinadas.

Por medio del siguiente ***modelo gráfico de esquema*** -para presentar las ideas, a razón de una por renglón, y su distribución en función de su importancia- se pretende lograr una adecuada proporcionalidad entre texto escrito y espacios en blanco en el papel; y, de esta forma, garantizar que la estructura y contenido conceptual del esquema pueden captarse con una simple ojeada. Los elementos de realce -asteriscos, rayas y puntos- (en lugar de números y/o letras) se utilizan para clarificar y mejorar dicha captación.

.....

*

•

•

•

-

-

•

*

•

•

•

*

•

-

-

El “montaje” del esquema mediante el empleo de expresiones numéricas en cifras.

El esquema de un texto debe reflejar adecuadamente su estructura, es decir, la relación e interconexión de sus diferentes partes; y contener, asimismo, las ideas más importantes de dicho texto, cuanto explica o completa esas ideas y, además, la relación de jerarquía que existe entre ellas.

Insistimos, una vez más, en que, para montar el esquema, es conveniente mantener una cierta proporcionalidad entre texto escrito y espacios en blanco en el papel, a fin de que aquel destaque suficientemente. Y, en este sentido, la relación más aconsejable entre texto y espacios libres podría ser, aproximadamente, esta: 2/5 ocupados por el texto y 3/5 “en blanco”. Lo cual -como hemos visto- permite presentar y distribuir las ideas en función de su importancia conceptual, de forma que cuanto más importante sea una idea, más cerca estará del margen izquierdo; y a medida que pierda principalidad, avanzará hacia el margen derecho; y, de esta manera, las ideas menos relevantes figurarán debajo y a la derecha de aquellas otras de mayor importancia conceptual, a las que quedarán supeditadas.

No obstante lo anterior, entendemos que para organizar un esquema puede también recurrirse a expresiones numéricas en cifras, e incluso a la combinación de cifras y letras, aunque las líneas van quedando cada vez más sangradas según que vayan recogiendo información menos relevante; tal como sugerimos a continuación:

1. _____
 - 1.1. _____
 - 1.2. _____
 - 1.2.1. _____
 - 1.2.1. a) _____
 - 1.2.1. b) _____
 - 1.2.2. _____
 - 1.3. _____
 - 1.3.1. _____
 - 1.3.2. _____
2. _____
 - 2.1. _____
 - 2.2. _____
 - 2.2.1. _____
3. <...>

Este tipo de “montaje” puede resultar adecuado para esquematizar textos amplios; por ejemplo, una lección de un libro de texto, cuyo contenido se distribuye en preguntas. En tal caso, es condición fundamental para elaborar un buen esquema determinar los apartados generales en que viene repartida la información y, una vez

determinados estos, distribuir correctamente las ideas que contiene el texto -fundamentales y accesorias-, en razón de tales enunciados.

Evaluación del esquema.

Senador Pallero propuso en su día una tabla con diez indicadores -que pueden alcanzar una puntuación que oscila entre el 1 (valoración mínima) y el 10 (valoración máxima)- para “medir” la eficacia de un esquema. Dicha tabla, así como la interpretación de la “clave” para efectuar la asignación de la puntuación que, en su caso, pudiera corresponder a cada uno de los diez indicadores, puede consultarse en su obra *La entrada en la Universidad: Instrumentos de aprendizaje universitario*. (Madrid, Narcea de ediciones, 1975). La antigüedad de este libro, que en modo alguno desmerece su calidad y vigencia, nos obliga a reproducir aquí la aludida tabla y la forma en que puede recogerse la información, convenientemente valorada.

	0	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
1. Proporcionalidad entre texto y folio.										
2. Captación en un golpe de vista.										
3. Lenguaje y expresiones propias.										
4. Contenido.										
5. Estructura.										
6. Sistemática.										
7. Enunciados o apartados.										
8. Distribución de ideas.										
9. Presentación: caligrafía y legibilidad.										
10. Elementos de realce.										
Puntuación total obtenida. %											

Clave para la puntuación.

Proporcionalidad entre texto y folio. Debe existir una adecuada proporcionalidad entre texto escrito y espacios libres en el papel -ya sea éste folio, cuartilla u octavilla-. Lo escrito ha de destacar del papel. La relación ideal es la siguiente: 3/5 en blanco, 2/5 ocupado por el texto.

Captación en un golpe de vista de las ideas fundamentales, así como de la relación entre ellas. La brevedad y la precisión están detrás de esta característica, fundamental en un esquema: si para saber lo que dice, tenemos que leerlo, entonces el esquema carece de esta virtud; en cambio, sí la posee cuando las cuando la disposición de las

ideas es tal que parece como si saltasen del papel y pudiésemos captarlas en un sola fijación ocular.

Lenguaje y expresiones propias. El esquema y el texto del que dicho esquema procede sólo han de parecerse en las ideas: las palabras y frases para redactarlo son las que corresponden al estilo expresivo de quien efectúa el esquema; y existen las mínimas para aportar las ideas fundamentales.

Contenido. Un buen esquema deberá contener las ideas más importantes de un texto, cuanto explica o completa esas ideas y, además, la relación de jerarquía que existe entre ellas.

Estructura. En un esquema debe quedar reflejado el tipo de estructura del texto, es decir, la relación e interconexión de sus diferentes partes.

Sistemática. Las ideas se presentan y distribuyen en función de su importancia conceptual: cuanto más importante es una idea, más cerca está del margen izquierdo; y a medida que pierde principalidad, avanza hacia el margen derecho. De esta manera se pone de manifiesto que las ideas menos relevantes figuran debajo y a la derecha de aquellas otras de mayor importancia, a las que quedan supeditadas.

Enunciados. Son los apartados generales mediante los cuales el autor comunica su mensaje (las clásicas preguntas de las unidades didácticas). La buena determinación de esos apartados es condición fundamental para confeccionar un buen esquema.

Distribución de ideas. Una vez determinados los enunciados, es preciso distribuir correctamente las ideas que contiene el texto, en razón de esos enunciados.

Presentación. Una buena caligrafía que facilite la legibilidad de la escritura es indispensable para la correcta interpretación de un esquema, cuando éste se realiza en escritura manuscrita.

Elementos de realce. Pueden emplearse cuantos elementos icónicos sirvan para mejorar la captación del esquemas: adecuada utilización de mayúsculas y minúsculas, subrayado, asteriscos, guiones, puntos...

Complementamos las anteriores ideas de Senador Pallero añadiendo que en un esquema no deben figurar llaves. La llave -signo ortográfico que tiene forma de paréntesis con un pico en el centro- es más propia del *cuadro sinóptico* (que desarrolla una clasificación en una plana, en forma de epígrafes comprendidos dentro de llaves, de modo que el conjunto puede ser abarcado de una vez con la vista).

APLICACIÓN PRÁCTICA

Texto número 1.

Autor: Agenor Pacheco (diplomático argentino).

Una institución nacional: la paella

Marco Polo, el incansable viajero veneciano, hace residir sus orígenes en China. En uno de sus relatos nos habla de un exquisito plato preparado a base de arroz, pescado seco y mariscos.

También de la lejana Catay llegan a Levante los primeros ejemplares de naranjos, comienzo de la más importante fuente de ingresos valenciana. Según dicen, los primitivos pies cítricos fueron plantados por mano de un misionero chino en Carcagente.

Años más tarde, la “paella” invade el campo gastronómico mundial. Brillat-Savarin la incorpora a la cocina francesa, bajo la gálica denominación de “riz à la valencienne”. Los milaneses, carentes de la variada gama de mariscos con que Dios ha favorecido las costas ibéricas, crean una variante sin pescado ni mariscos, que se llamará *rissoto*; suplen la parte ictiológica con hongos secos. En la Perla del Caribe los cubanos tienen también una acepción lejana del típico plato levantino: el arroz con *moros crabbs* (cangrejos moros).

En nuestros días la paella pasa a ser importante complemento turístico. Raro es el futuro visitante extranjero que no se deleita y pone los ojos en blanco ante la perspectiva del dorado arroz, adornado con mariscos. La industria metalúrgica encuentra una nueva fuente de ingresos: miles de paellas emigran al exterior, como objeto de posibles combinaciones culinarias y recuerdo de grata estancia en las playas mediterráneas.

Los valencianos la instituyen a semejanza con el “asado” argentino en casi un acto ritual. Con “paellas” se festejan fiestas y acontecimientos. ¡Cuántas dificultades políticas y cuántas desavenencias y rozamientos personales no se habrán diluido ante la presencia solemne de una buena paella, reina indiscutida de toda mesa, pobre o rica!

Apoyo léxico.

Marco Polo. Recorrió, en el último tercio del siglo XIII, el Asia Oriental. Su estancia en China -protegido por el Gran Kan- se prolongó durante dieciséis años. Es autor de *El libro de Marco*, donde relata sus viajes y recoge interesantes informaciones geográficas.

Catay. Nombre que se dio en el Occidente medieval a China, a partir de Marco Polo.

Brillat-Savarin, Anthelme (1775-1826). Escritor francés conocido principalmente por su obra *Fisiología del gusto (Physiologie du goût)*, ensayo sobre el arte culinaria.

Gálico. Perteneciente o relativo a las Galias (Francia).

Ictiológico. Perteneciente o relativo a los peces.

Perla del Caribe. Cuba, isla del Atlántico situada entre el Golfo de México y el Mar Caribe.

Culinario. Perteneciente o relativo al arte de guisar.

Desavenencia. Falta de entendimiento entre las personas, enemistad, discordia.

Diluir. Desvanecer, disipar

<**Aclaración.** Con el vocablo de origen valenciano *paella* se designa tanto el “plato de arroz seco, con carne, pescado, mariscos, legumbres, etc.”, como la “sartén en que se hace”; aunque para este uso el DRAE recoge también el vocablo *paellera*, que define como “recipiente de hierro, a modo de sartén, de poco fondo y con dos asas, que sirve para hacer la paella”. Esta última acepción de *paella* es la que se emplea en el párrafo 4 del texto de Agenor Pacheco, del que, a continuación, se ofrece un detallado esquema>.

Esquema del texto “Una institución nacional: La paella”, de Agenor Pacheco.

La paella, reina de la gastronomía mundial

- * La paella, plato típico levantino.
 - Originario de China, según Marco Polo.
 - También de China llegaron las naranjas a Levante.
 - Principales ingredientes: Arroz y mariscos.

- * La cocina internacional ofrece distintas variedades de paella.
 - En Francia, el «riz à la valencienne» (Brillat-Savarin).
 - En Italia -Milán, el «rissoto».
 - Sin pescado ni mariscos.
 - Con hongos secos.
 - En Cuba, el arroz con «moros crabbs» (cangrejos moros).

- * La paella se ha convertido en un aliciente para el turismo.
 - Los visitantes extranjeros se deleitan saboreándola.
 - Muchos regresan a sus países llevándose paellas.
 - Para incorporar este plato a su alimentación.
 - Como recuerdo de una grata estancia en playas levantinas.

- * La paella facilita y favorece las relaciones sociales.
 - Plato idóneo para celebraciones festivas.
 - Ayuda a superar las desavenencias entre personas.
 - Ocupa un lugar destacado en la mesa de cualquier clase social.

Texto número 2.

Juan Cervera. *La leyenda de las palabras.*

<Obra publicada inicialmente por Editorial Miñón>.

Café

Que el café quita el sueño lo sabe todo el mundo, pero que, gracias a ello, se descubrió y alcanzó su difusión, eso ya es otra historia. Muy curiosa, por cierto.

El café se encontró en el África Oriental, en el sudeste de Etiopía, hace más de siete siglos. Un pastor apacentaba sus ovejas en una noche calurosa. Y notó que las ovejas de su rebaño, en vez de estar medio dormidas, como de ordinario, andaban triscando inquietas de una parte a otra. Al amanecer, el zagal recogió su rebaño y se fue a la ciudad de Kaffa y le contó lo sucedido al abad de un monasterio, que tenía fama de sabio. El monje concluyó que la causa tenía que ser alguna hierba que hubieran comido las ovejas y les hubiera producido tal excitación.

El abad, acompañado de varios monjes, se fue al lugar del pastoreo. Tras recorrerlo detenidamente, encontraron varios arbustos de metro y medio de altura cargados de florecillas blancas y olorosas con pepitas rojas amarillentas. Recogieron algunas muestras y una vez en el monasterio varios monjes las hirvieron en agua y luego bebieron el resultado para experimentar en ellos mismos los efectos. Notaron que esta bebida les despejaba la mente y ahuyentaba el sueño. Y los ponía más alegres y activos.

Los monjes, desde entonces, tomaron la costumbre de beber un pocillo de aquel líquido antes de la oración de media noche para estar más despejados.

La noticia del descubrimiento se extendió por la comarca. Llegó a oídos de Alí-Ben la historia de los monjes que combatían el sueño por aquel medio. Alí-Ben, mahometano, creyó que lo mismo podían hacer los derviches -especie de monjes musulmanes- de su secta, que también se pasaban la noche invocando a Alá.

Alí-Ben lo dio a conocer y le puso el nombre de Kaffa, o sea el de la ciudad donde se había descubierto. De Kaffa derivó el de café, que es el que tiene actualmente en varias lenguas, el español entre ellas.

Apoyo léxico.

Todo el mundo. La generalidad de las personas.

Difusión. Propagación o divulgación de conocimientos, noticias, modas, etc.

Triscar. Retozar, saltar y brincar alegremente.

Zagal. Pastor joven.

Derviche. Monje musulmán que ha hecho voto de pobreza.

<***Aclaración.*** El café es la semilla del ***cafeto***, como de un centímetro de largo, de color amarillento verdoso, convexa por una parte y plana, con un surco longitudinal, por la otra. El ***cafeto***, originario de Etiopía, es un árbol de cuatro a seis metros de altura, con hojas opuestas, lanceoladas, persistentes y de un hermoso color verde; flores blancas y olorosas, parecidas a las del jazmín, y fruto en baya roja, cuya semilla es el café. La bebida ***café*** se obtiene por infusión con esta semilla tostada y molida>.

Esquema del texto “El café”, de Juan Cervera.

El café: Origen de la bebida, propiedades y difusión

* Originario del África Oriental, en el Sudeste de Etiopía.

- Su nombre deriva de Kaffa, lugar donde se halló.

* Semilla del cafeto.

- Arbusto de metro y medio de altura.

- De flores blancas y olorosas.

- Fruto de color amarillento rojizo.

* La bebida se hace por infusión con estas semillas.

* La ingestión del café produce insomnio.

- Aumenta la euforia y la excitación.

· Despeja la mente y mantiene despierto.

* Descubierta casualmente, hace más de siete siglos, por un pastorcillo.

- Sus ovejas, que comieron semillas de cafeto, no podían dormir.

- Algunos monjes empezaron a beber infusiones de café.

· De esta manera ahuyentaban el sueño en sus rezos.

* Difundido por el mahometano Alí-Ben.

- Los derviches lo ingerían para, de noche, y despejados, invocar a Alá.

Texto número 3.

Juan Cervera. *La leyenda de las palabras.*

<Obra publicada inicialmente por Editorial Miñón>.

¿Sandwich o sángüiche?

John Montagne era un noble inglés del siglo XVIII que ostentaba el título de Conde de Sandwich, del nombre de esta población británica.

Después de haber llevado intensa vida política y social, el Conde de Sandwich, en 1770, se retiró a la vida privada en una quinta a las afueras de Londres.

Una vez retirado, el Conde, que siempre había sentido afición al juego, vio crecer tanto esta afición que se trocó en pasión incontenible. Unas veces con sus hijos, otras con sus amigos y hasta con los empleados, el Conde de Sandwich se pasaba horas y días enteros entregado al juego de ajedrez, de los naipes o de los dados.

Tan desmedida era su pasión por el juego que a la hora de las comidas no había quien lo arrancara de la mesa de juego. El Conde permanecía jugando sin atender súplicas ni ruegos. Para no quedarse sin comer se hacía traer unas rebanadas de pan entre las que ponía algunas tajadas de carne, algún trozo de jamón o algún recorte de queso. Así podía seguir jugando sin interrumpir sus partidas y a la vez restauraba fuerzas.

En el ambiente social de Londres pronto se conoció la originalidad del Conde de Sandwich. Y pronto empezó a tener imitadores, no en el juego, sino entre quienes iban de viaje y querían llevarse alguna vianda, entre quienes salían al campo a cazar y demás.

Por eso, cuando en alguna tienda algún transeúnte pedía comida preparada para llevarse, los tenderos le ofrecían el invento del Conde de Sandwich. La moda de comer un corte de jamón emparedado entre rebanadas de pan se popularizó rápidamente y de Inglaterra pasó a otras partes. Y como las cosas piden nombre, a estos prácticos emparedados de jamón, carne o queso, en honor del Conde empedernido jugador, los llamaron sandwich, palabra que se fue extendiendo por muchos países con un significado equivalente a nuestro bocadillo.

En Hispanoamérica, convencidos de que sandwich es palabra que no está de acuerdo con la naturaleza de la lengua española, la han transformado un poco y dicen sángüiche, que, por supuesto, suena mejor.

Apoyo léxico.

Ostentar. Referido a un título, estar en posesión de él.

Quinta. Casa de recreo en el campo.

Trocarse. Mudarse, cambiarse enteramente una cosa.

Recorte. Trozo que se recorta.

Vianda. Comida.

Empedernido. Obstinado, tenaz, que tiene un vicio o costumbre muy arraigados.

<**Aclaración.** El DRAE sólo recoge la voz **sándwich**, préstamo lingüístico tomado del inglés que, al aclimatarse a la lengua española, incorpora la tilde, por tratarse de una palabra llana terminada en consonante; y la define como “emparedado hecho con dos rebanadas de pan de molde entre las que se coloca jamón, queso, embutido, vegetales u otros alimentos”. En zonas del español meridional, la palabra es sinónima de **bocadillo**, aun cuando este vocablo signifique “panecillo partido longitudinalmente en dos mitades entre las cuales se colocan alimentos variados”. En realidad, la palabra **sándwich** no aporta ningún matiz significativo a “nuestro” vocablo **emparedado**: “porción pequeña de jamón u otra vianda, entre dos rebanadas de pan de molde”. Es este un ejemplo más del “colonialismo lingüístico” que el inglés viene ejerciendo sobre el habla hispana>.

Esquema del texto “¿Sandwich o sándwich?”, de Juan Cervera.

Origen histórico-social del vocablo sándwich, y su incorporación al español

- * El vocablo tiene su origen en John Montagne, conde de Sandwich.
 - Retirado de la vida social, se convierte en un jugador compulsivo
 - Practica diversos juegos sedentarios: ajedrez, naipes, dados.
 - Juega con cuantos se relacionan con él: hijos, amigos, empleados.
 - Pasa días enteros jugando.

- * Inventa una nueva forma de comer, para poder, a la vez, seguir jugando.
 - Entre rebanadas de pan de molde, se introducían distintos alimentos.
 - Con este tipo de comida recuperaba las energías.

- * La originalidad gastronómica de Sandwich se extendió a otros ambientes.
 - Comida preparada ideal para viajes, excursiones, cacerías...
 - Se comercializa con el nombre de sandwich.

- * Esta moda se extiende desde Inglaterra a otros países.
 - En España, el vocablo es sinónimo de bocadillo.
 - En Hispanoamérica prefieren emplear el vocablo sándwich.